

* * *

En la temporada oficial del Teatro Colón de Buenos Aires, se estrenó a fines de Septiembre la ópera «Erase un Rey», del compositor Juan Casanova Vicuña, con libreto de Carlos Vatie. La crítica argentina destaca con grandes elogios este estreno. El diario «La Razón» dice sobre la partitura: «Casanova Vicuña, que en distintas páginas sinfónicas se acreditó entre nosotros como artista hábil y sensible, ha ilustrado el escenario tan simple—y un poco lento—de su ópera con una música que sabe de los hallazgos agri-dulces de escritura y de timbre que ostenta la técnica moderna y ofrece también efusiones líricas de una elegancia y fluidez innegables. Es la música de un hombre de gusto, que ha logrado conciliar lo burlesco y la melancolía, la ironía y la ternura».

Entre los intérpretes de «Erase un Rey» figuraron los cantantes Felipe Romito, Clara Oyuela, Carlos Giusti, Emma Brizzio, Norma Palmeri, Tota de Igarzábal y Renato Cesari; dirigió la orquesta el maestro Ferruccio Calusio; la coreografía estuvo a cargo de Margarita Wallman y la dirección de escena de Carlos Piccinato.

CONCIERTOS

CONCIERTOS SINFONICOS DIRIGIDOS POR BUSCH

Dentro del sitio reservado a los maestros extranjeros, correspondió a Fritz Busch la dirección de la Orquesta Sinfónica de Chile en cuatro conciertos, que se llevaron a efecto los días 11, 18 y 25 de Julio y 1.º de Agosto, respectivamente.

La de Fritz Busch es una personalidad que pudiera decirse ya está incorporada a nuestra vida de conciertos, como que han sido frecuentes sus actuaciones desde hace más o menos ocho años. Pero esta misma familiaridad de su presencia, lejos de restarle interés, le da, por el contrario, un atractivo mayor, pues este maestro posee el supremo don de saber renovarse en cada concierto, animando con vitalidad insospechada aún las páginas musicales más conocidas. De los directores que nos han visitado, tal vez ninguno como Busch haya conseguido establecer, casi instantáneamente, un nexo emocional directo entre la obra, el conjunto instrumental y el público; así se trate de una composición que se ejecuta frecuentemente, como de una primera audición. Maravillosa cualidad del genio interpretativo de este maestro es ella, a la que cabe unir otra que para nuestros músicos reviste especial valor, la de interesarse en cada visita por ejecutar composiciones de autores nacionales, con lo que su estada entre nosotros es doblemente significativa y valiosa.

En su primer concierto, Fritz Busch presentó la Obertura «Festival Académico» de Brahms; las «Variaciones sobre un tema

de Haydn» del mismo autor; el estreno absoluto de «Metamorfosis», última obra escrita por Richard Strauss, y la «Quinta Sinfonía», de Beethoven.

Dos aspectos muy diferentes de la obra de Brahms, mostraron las obras programadas. Comprendemos lo que para el público alemán, y sobre todo para el de formación universitaria, representa escuchar los temas de canciones estudiantiles que les recuerdan tiempos pasados. Pero, aparte de ello, y observando únicamente el aspecto musical a que se ve reducida entre nosotros, la grandilocuente Obertura «Festival Académico» es poco más que tolerable, ya que su desproporcionada textura orquestal y el endeble contenido temático no forman, de manera alguna, un total equilibrado. De mucho mayor valor son, sin duda, las «Variaciones sobre un tema de Haydn», donde la maestría que poseyó aquel músico para dar interés a la variación (expuesta de manera indudable en las Variaciones para piano sobre un tema de Paganini), se hace presente a través de una orquestación maciza, como es siempre la suya, pero de innegable interés artístico. Busch animó estas obras con absoluta propiedad estilística.

La última obra escrita por el anciano maestro Ricardo Strauss «Metamorfosis», para una agrupación de veintitrés ejecutantes de instrumentos de cuerda, nos puso frente a un significativo fenómeno de agotamiento en la vigorosa personalidad del creador de «Till Eulenspiegel». En efecto, esta obra es muy poco más que una divagación orquestada con acierto: ella recuerda—y tan sólo lejanamente—la mano del potente músico que fué Strauss, ahora reducido en su dimensión como hombre y como músico, pues poco después de escribir esta «Metamorfosis», expresión de su ocaso como creador, fué llamado a comparecer ante el tribunal de desnazificación en su patria. Triste destino de una de las figuras cumbres en la música de este siglo y particularmente de la música alemana. «Metamorfosis», si en algo recuerda pasajes de «Muerte y Transfiguración» u otros poemas sinfónicos de su autor, es para darnos cierta oscura sensación de angustia, sensación que se acentúa profundamente al usar, ya en el final de la obra, el tema de la Marcha Fúnebre de la Sinfonía Heroica de Beethoven.

Finalmente, Fritz Busch ofreció una versión de la Quinta Sinfonía de Beethoven, sobre la cual juzgamos innecesario insistir, pues ya es sabido sobradamente, cuanto puede obtener de la música beethoveniana este director, cuya potencia recreadora encuentra en ella un campo apropiado para manifestarse con toda amplitud.

En su segundo concierto, Fritz Busch presentó la Sinfonía «El Reloj» de Haydn, las «Variaciones Sinfónicas», de Dvorak y la Cuarta Sinfonía de Schumann.

La ejecución de la Sinfonía «El Reloj», bastante conocida de nuestro público de conciertos, estuvo animada con la fina y exacta batuta que era de suponer en su director, y con la cual logró renovar el atractivo de esta divulgada producción del padre de la sinfonía. El estreno de las «Variaciones Sinfónicas» de Dvorak, nos puso en contacto con una obra de dimensiones muy extensas, en la que el

autor checo se complace en querer demostrar su adhesión a moldes formales germánicos en los que, sin duda, no logra obtener mayor interés, salvo en lo que recuerda la producción de un Brahms o un Wagner. Dvorak no consigue marchar mucho más allá de una excesiva frondosidad sonora, condimentada con uno que otro rasgo tomado al rico folklore de su patria.

Terminó este concierto con una ejecución, profundamente lírica, de la poética Cuarta Sinfonía de Schumann, obra de méritos singulares en que la rica personalidad del autor despliega su fantasía y su peculiar manera de desarrollar a través de una construcción alejada del academismo, llevada a cabo con una orquestación brillante. Este concierto,—cuyo programa en líneas generales era de excesiva densidad,—logró en Fritz Busch el animador profundo que necesitaba. La Orquesta respondió bien a las exigencias del maestro.

En el tercer concierto, escuchamos a Busch dirigir la «Obertura Leonora N.º 2» de Beethoven, la «Décima Sinfonía» de Franz Schubert y, como estreno en Chile, la «Cantata de Navidad» del músico chileno Juan Orrego, en que participó como solista la soprano Adriana Herrera de López.

Diremos primeramente que la ejecución presentada de la Obertura Leonora N.º 2, fué digna de marcar una fecha en la actividad de nuestra orquesta. Tal vez nunca antes pudo apreciarse con mayor propiedad la dramaticidad y el interés sinfónico que forman la substancia de esa página admirable de la obra beethoveniana. Pasaremos ahora a la Décima Sinfonía de Schubert para decir que, a pesar de cuanto la riqueza de las ideas schubertianas dan a esa extensa obra, calidad que no puede negarse, tal vastedad se obtiene a través de repeticiones que, a nuestro juicio, en los días que corren podrían omitirse, para evitar así la caída del interés del auditorio. Si las repeticiones de fragmentos, utilizadas en la obra de los autores clásicos, muy a menudo no son respetadas al pie de la letra por los directores actuales, sin mayor desmedro para la apreciación del pensamiento de sus autores, bien podría hacerse algo similar con esta Sinfonía, cuyos cuarenta y cinco minutos son a todas luces excesivos, a pesar de la vitalidad y el lirismo que encierran.

El estreno de la «Cantata de Navidad» de Juan Orrego, merece un comentario más detenido. Ya con ocasión del estreno de otra obra suya llamamos la atención sobre la coincidencia de este joven músico con otros representantes de la nueva generación de compositores chilenos, en cuyos estilos se advierte un retorno al predominio expresivo y al uso simplificado de los recursos técnicos. En ellos, los avances dados al arte musical por las diversas escuelas europeas de este siglo, lejos de seducirles en desmedro de la espontaneidad del discurso musical, aparecen usados con deliberada medida, subordinados a la preocupación expresiva. Esto mismo, pero en un nivel de depuración y de elevación estilística que es todo un mensaje de renovación para nuestra música, es lo que encontramos en esta Cantata. Sobre textos de San Juan de la Cruz y de Lope de Vega, Orrego usa una escritura fluida, de lineaturas precisas, en que se hace presente un hálito emocional y poético, ornado de sugerencias

arcaizantes, dentro de un elevado estilo. Es, en total, una obra surgida de una inspiración sana y espontánea, en cuya acertada realización, se combinan la voz y los diseños orquestales, depurados hasta lo indispensable, en el servicio de una refinada sinceridad expresiva. Seguimos insistiendo en que esta vuelta a la simplicidad marca un rumbo nuevo para nuestra música, que ahora, a través de Orrego y de otros músicos de su generación, ya no utiliza, por innecesaria, cierta beligerancia estilística, armada con áspera acritud sonora, con que la generación anterior de músicos chilenos (y de otros países americanos) quiso subrayar su decisión de romper con el tradicionalismo y ponerse al día con las nuevas tendencias que agitaron los primeros treinta años de este siglo. Que dicha beligerancia no obsta para que en nuestra música se hayan producido obras de calidad, consideramos innecesario demostrarlo, pero, sin duda, es interesante constatar que viene ahora—y precisamente del sector juvenil—una actitud crítica frente a lo entendido por «modernismo musical», con su complejidad de recursos y de teorías, frente a las cuales los jóvenes músicos de hoy no se sienten de manera alguna en actitud de acólitos. Para nosotros, esto es un signo de madurez, y por ello lo saludamos como una corriente de indudable trascendencia para nuestra música. Volviendo a la obra en sí misma, diremos que a través de Busch y de la voz de Adriana Herrera, soprano cuyas reconocidas condiciones musicales le permitieron una actuación destacada, esta obra produjo una profunda impresión en el auditorio, que la premió con insistente y prolongado aplauso.

Para dar término a su actuación en esta temporada, el maestro Busch eligió un programa que comprendía obras de Max Reger, Mozart, Strawinsky y Wagner. Las «Variaciones sobre un Coral», del ceñudo contrapuntista alemán, son muestra de un arte sabio ciertamente, pero estático, sin vuelo ni fuerza comunicativa; nos señalan que la solidez y el interés de la construcción no siempre son equivalentes a la belleza. Todo lo contrario, nos muestra la siempre nueva Sinfonía «Linz» de Mozart, cuya estructura llena de interés encierra ideas de ascendencia dramática muy acusada y aparece trabajada con esa gracia y elevación que caracteriza el arte del maestro salzburgués. La ejecución de esta obra alcanzó contornos superiores como era de esperarlo, pues es sabido que Busch es uno de los intérpretes mozartianos más destacados en la hora presente.

En la última parte del programa el maestro ejecutó en primera audición, el «Scherzo a la rusa», una de las últimas producciones de Igor Strawinsky. Cuanto de característico posee la orquestación del genial músico se hace nuevamente presente en esta obra, en que el interés con que aparece elaborado un sencillo motivo popular ruso, no exento de cierto matiz irónico, pone de relieve el inagotable poder que, como creador de sonoridades, distingue a esta figura relevante de la música contemporánea. Por último, Busch dirigió dos trozos de Wagner, «Encantamiento del Viernes Santo» y «Preludio de los Maestros Cantores». Siendo como ha sido Busch quien ha logrado mayor profundización y poesía en las ejecuciones que se han ofrecido de Wagner entre nosotros, no puede extrañar el

resultado impresionante que logró frente a estas conocidas partituras, cuya fuerza y dramatismo llegaron hasta el auditorio con renovado vigor. La Orquesta Sinfónica de Chile tuvo en este concierto una de sus mejores actuaciones de la temporada.

DOS NUEVAS PRESENTACIONES DE PAUL PARAY

Después de actuar en Buenos Aires, volvió a Chile el maestro francés Paul Paray para dar término a la serie de cuatro conciertos que había dejado iniciada durante su visita en el mes de Junio. Los conciertos bajo la dirección de Paray se realizaron los días 8 y 14 de Agosto.

El director francés ofreció en el primero de sus conciertos obras de Mozart, Schubert, Roussel y Mussorgsky. Se ejecutó la Obertura «Bodas de Fígaro» (bella página mozartiana que pasará a la historia anecdótica de nuestra música, gracias a un «crítico» que observó «errores de fraseo» en sus inexistentes partes de trombón) de la cual obtuvo una versión que, sin duda, ha sido superada en anteriores ocasiones por nuestro conjunto orquestal. A continuación, la Sinfonía en Si menor, llamada «Inconclusa», de Schubert, de la cual Paray supo sacar partido en cuanto sus temas de lánguida expresión le permitían hacerlo, aunque dicha languidez apareció peligrosamente acentuada en el segundo movimiento de la sinfonía, en que el Andante con moto quedó muy cerca de un Adagio, con indudable relajación de la trabazón formal que fué afectada sensiblemente por tan acentuada lentitud.

En suite completa, Paray ejecutó a continuación «El Festín de la Araña», del músico francés Albert Roussel, quien estrenó este ballet en París en 1913. El lenguaje musical de Roussel, más cercano al de contornos precisos y finamente coloreados de un Fauré, que al evanescente fluir armónico de un Debussy, encontró fiel traductor en Paul Paray, quien animó la partitura con batuta certera y sensible.

El número final fué la versión orquestal de Ravel para los «Cuadros de una Exposición» de Mussorgsky. La síntesis de dos mentalidades geniales, una en el terreno de la creación y otra en el de la orquestación, no ha podido ser más fructífera en resultados. El lenguaje poderosamente dinámico, y aun plástico, del músico ruso, aparece revestido con la deslumbradora paleta orquestal raveliana, que encuentra siempre nuevas posibilidades para traducir las imágenes sonoras, en una fantástica acumulación de efectos y hallazgos a cual más novedoso. Es cierto que tal obra, por la compleja disposición instrumental, habría necesitado un ensayo más prolongado, a fin de evitar ciertas «infidelidades» corrientes en los instrumentos de metal, pero pese a ello, la versión de Paray logró ser expuesta en forma correcta por la orquesta, quien recibió, junto con el maestro, el entusiasta y merecido aplauso del público.

El segundo y último de sus conciertos, fué dedicado a obras de Berlioz, Debussy y Rimsky Korsakoff. La «Sinfonía Fantástica», obra que nos dice mucho de aquella inquietante personalidad artis-

tica que fué la de Berlioz, compositor y crítico, dueño de una arrogancia militante que le hacía proclamar y difundir sus principios estéticos ya fuera escribiendo o componiendo y siempre con una fogosidad contagiosa, fué ejecutada en ese concierto. Hoy en día, lejos del ambiente que allá por 1830 vió aparecer súbitamente aquel audaz innovador musical que provocó las más agrias disputas, nos queda, sin embargo, frente a la música de Berlioz, una admiración sincera por su audacia innovadora expresada, sobre todo, en el manejo de la orquesta, fuente a la que concurren ávidamente no sólo Liszt y Wagner, sino hasta algunos de «los Cinco» rusos. En la «Sinfonía Fantástica» hay trozos como la «Marcha al Cadalso» y el «Sueño de una Noche de Aquelarre», que dicen elocuentemente de la anticipación genial demostrada por Berlioz frente al desarrollo que la música sinfónica tendría muchos años más tarde. Desafortunadamente la versión ofrecida por Paray no consiguió estar a la altura de los méritos indiscutibles de la obra. Pudo observarse cierta tendencia a conseguir efectos muy exteriores, con olvido de la profundización que necesita el fuerte dramatismo que encierra la composición, muy ajena, por cierto, a todo preciosismo de matización o de fraseo, en los que el maestro francés suele incurrir.

Algo extraña fué también la versión ofrecida por Paray de «La Mer» de Debussy. Quien le ha escuchado excelentes realizaciones de obras francesas modernas, no habría esperado ciertamente que el tríptico debussyano pudiera fragmentarse en sus manos al extremo de convertirlo en una yuxtaposición de trozos carentes del impulso y el nexo vital que les une, pese a que no hay asomos de conceptos formales tradicionales en esta obra fundamental de la música «impresionista». Se dió, por ello, muy disminuída en sus valores tan compleja obra, cuyas sutilezas sonoras van engastadas siempre en un total sólidamente construído. Y luego se ofreció la ejecución número cien mil del «Capricho Español» de Rimsky Korsakoff. Tan demasiado conocida y popularizada partitura, pese a su brillante ropaje orquestal, coloreado al uso de la época, da de sí muy poco para ofrecer una versión que pueda llamarse original. En esta ocasión fué animada con una agitación danzante que sirvió a maravilla para ilustrar los pasajes más característicos. Su melodismo, lleno de gratas sugerencias, y el fastuoso despliegue sonoro estuvieron expuestos con propiedad, y el público supo demostrar su entusiasmo aplaudiendo en forma digna de otros tiempos, de aquellos en que esta obra se ejecutaba dos y tres veces en cada temporada.

CONCIERTOS DIRIGIDOS POR VICTOR TEVAH

Los tres últimos conciertos de la temporada sinfónica del presente año, estuvieron a cargo del maestro chileno Víctor Tevah.

En el primero de ellos, se ejecutaron obras de Mozart, Beethoven y Debussy, a saber: La «Pequeña Serenata Nocturna», el «Concierto para violín y orquesta» y «La Demoiselle Elue», respectivamente.

La de este concierto ha sido, sin duda, una de las actuaciones

más afortunadas del maestro Tevah, ya que la interpretación del escogido programa alcanzó en todas sus partes un nivel artístico muy elevado. La «Serenata Nocturna» de Mozart, cuya inagotable belleza resume maravillosamente lo distintivo del arte mozartiano, tuvo en esta oportunidad una realización verdaderamente magistral. Si es ya reconocido que Tevah sabe sacar un partido extraordinario de las obras de autores clásicos, esta vez lo confirmó de manera irrefutable al obtener una ejecución tan depurada, exacta y finamente expresiva como exige el arte de Mozart.

En el Concierto para violín, de Beethoven, actuó como solista Fredy Wang, primer violín de la orquesta. Buena afinación, expedición técnica y un serio concepto musical acreditó al solista frente a esta obra, fundamental para todo cultor del arte del violín, dando a su parte un relieve que en todo momento se mantuvo a la altura del interés que Tevah dió al acompañamiento orquestal, por otra parte mucho más que un acompañamiento, ya que este concierto es casi una sinfonía con violín concertante.

En la tercera parte, con la colaboración del Coro «Ana Magdalena Bach», que dirige Marta Canales y de las cantantes Carmen Barros y Teresa Orrego, se ofreció una versión de la «Demoiselle Elue», esa fina estampa musical, que no por ser obra de la juventud de su autor es menos representativa del nuevo rumbo tomado por la música de su época. Muchos de los elementos que más tarde desarrollaría ampliamente el creador de «Pelleas et Melisande», se hacen presentes en los suaves contornos melódicos, en cierta vaguedad tonal, en la atmósfera irreal que surge de este poema lírico. El coro femenino «Ana Magdalena Bach», como es sabido uno de los mejores conjuntos de su género existentes en el país, actuó con toda eficiencia con sus bien equilibradas voces y su depurada escuela musical. En nuestra opinión consideramos, sin embargo, demasiado numeroso el conjunto coral usado en esta obra, pues, la dicción francesa se afectaba y asimismo la sutileza del tejido armónico. Las solistas actuaron con entera posesión de sus roles, y demostraron las dotes musicales y vocales que les son reconocidas. El maestro Tevah realizó una seria labor de concertación, dando término con mucho brillo a uno de los conciertos mejores de la temporada.

El segundo de los conciertos de Tevah se realizó con un programa que comprendía la Sinfonía «Londres» de Haydn, la «Toccatá» y «Concertino para piano y orquesta» del músico uruguayo Héctor Tosar y la Fantasía de «Romeo y Julieta» de Tchaikowsky.

La interpretación de la Sinfonía de Haydn, que Tevah ha dirigido en varias ocasiones, alcanzó una calidad consecuente con lo que el director ha sabido demostrar frente a obras de autores clásicos. Esto nos ahorra mayores detalles, pues sería redundar en el elogio que merece su trabajo de dirección en este aspecto.

Las obras de Héctor Tosar, joven músico uruguayo de poco más de veinte años, acreditan un músico de auténtica estirpe. Su lenguaje un tanto ampuloso y con cierto exagerado despliegue de medios orquestales, no deja dudas respecto de lo que este compositor ha logrado asimilar en técnica y aun en orientación estética,

frente a las personalidades más salientes de la música contemporánea. A Tosar le preocupa la búsqueda de sonoridades y el juego variado de la orquestación, a la vez que el interés rítmico, que sobresale en la elaboración de sus temas. De las obras ejecutadas, la que mejor pueda representar un lenguaje propio, tal vez sea la Toccata, en que se hace presente una fibra musical de calidad indudable, inteligentemente revestida con una interesante orquestación. El «Concertino», con tener pasajes muy bien logrados entre una verdadera efusión orquestal, no la juzgamos como que haya conseguido equilibrarse en sus tres movimientos, pues los dos primeros nos parecen mucho mejor logrados que el último, en que hay una desmesurada euforia sonora, algo carente de justificación. Cuando se tiene veinte años, se puede incurrir en exageraciones, y no importa constatarlo sino para demostrar la indudable vitalidad que posee el estilo de Tosar, en quien hay un músico a carta cabal que, años adelante, dará a la nueva música americana—como ya lo está dando—una aportación de valor sobresaliente.

La Fantasía de «Romeo y Julieta», de Tchaikowsky, ha sido ejecutada por Tevah en oportunidades anteriores. El dramatismo y el vuelo lírico que el músico ruso impuso a esa construcción sinfónica de vastas dimensiones, una de las obras mejores del romántico y solitario compositor, tuvo en Víctor Tevah un animador profundo y vigoroso. Como en ocasión anterior, el maestro obtuvo una versión cuya vitalidad y brillo sonoro animó con nuevos bríos la sólida estructura de esta difundida partitura.

La temporada sinfónica de abono llegó a su término, con el concierto ofrecido el Viernes 5 de Septiembre, siempre bajo la dirección de Víctor Tevah, y que contó con la participación del Coro de Concepción.

En este concierto, de relieves excepcionalmente destacados, se ejecutaron dos obras sinfónico-corales en primera audición; fueron ellas la Cantata N.º 4, «Christ Lag in Todesbanden», de J. S. Bach y la «Misa de Requiem» de Gabriel Fauré.

El programa se inició con la transcripción para orquesta del Preludio y Fuga en Re, para órgano, de Bach, realizada por Eduardo Van Dooren, compositor holandés de larga actuación artística en nuestro país. Esta transcripción, que acredita un músico de sólida técnica, realza la obra original sin llegar a los extremos efectistas que son comunes en varias conocidas transcripciones de J. S. Bach, y conserva un marco de austeridad muy apropiado.

El Coro de Concepción actuó con brillo en la ejecución de la Cantata N.º 4 de Bach, una de las más hermosas y divulgadas cantatas de iglesia entre las cerca de trescientas debidas al Cantor de Santo Tomás de Leipzig. Da que pensar, cuando ahora nos es dado escuchar esta obra con un coro y un conjunto orquestal de excelentes condiciones, lo que era la ejecución de estas cantatas, en vida de J. S. Bach, entregadas al arbitrio de un coro reducido, discolo e irreverente. Ahora, en cambio, el mensaje musical, con toda su pura luz mística, se realizó en toda su grandeza al poder escucharse en con-

diciones de ejecución como nunca pudieron lograrse mejores en nuestro medio.

La Misa de Requiem de Fauré, es más una obra escrita con idioma amable, de contornos sensitivos, que la traducción hondamente trágica de lo que encierra el tema de la misa funeral. Fauré no logra, por ello, alcanzar profundidad expresiva ni siquiera para evitar el no contradecir, como lo hace, el texto litúrgico con el musical, cuyas manifestaciones no logran adquirir un relieve siquiera cercano a él. En el lenguaje de Fauré, sutilmente armonizado, pero sin patetismo ni vigor, las diversas partes de la Misa se disuelven en un blando lirismo, con muchos bellos aciertos, que en las partes de solo,—encargadas en esta ocasión a Blanca Hauser y Jenaro Godoy—, se acercan francamente al modelo operístico. Pero, aparte de estas consideraciones, la obra fué presentada de una manera impecable. Cuanto podía exigirse en matización, fraseo y expresividad, fué alcanzado en la mejor forma por el Coro, los solistas y la orquesta. El maestro Víctor Tevah, supo mantener en todo momento la unidad de la concertación con un trabajo de calidad relevante. Se cerró así, brillantemente, la temporada sinfónica del presente año, con una audición que es demostrativa del alto grado de desarrollo alcanzado por nuestro ambiente musical. Se demuestra pues, con hechos su capacidad para ofrecer audiciones que no eluden parangón con las de los más avanzados medios artísticos extranjeros.

EL CORO DE CONCEPCION EN CONCIERTO DE OBRAS «A CAPPELLA»

Una nueva visita a Santiago, realizó este año el Coro de Concepción, que dirige Arturo Medina, durante la cual ofreció en el Teatro Municipal una audición de obras «a cappella» que se llevó a efecto el Miércoles 4 de Septiembre.

Nos parece innecesario insistir en esta ocasión sobre los extraordinarios méritos artísticos que posee el conjunto coral formado en la ciudad sureña, pues ya dicho coro no sólo ha sobrepasado todo esfuerzo similar hecho en nuestro país, sino que figura a la cabeza de sus congéneres en el Continente. La antigua tradición musical de Concepción, donde las actividades corales se iniciaron hace unos treinta años con la fundación del «Orfeón Ibero-Chileno», dirigido por Pablo Vidales (músico que trajo a Chile el culto de la música coral que mantiene Cataluña a través de su mundialmente conocido Orfeón de Barcelona), ha sido llevada ahora, con el esfuerzo de Arturo Medina, a su más valiosa realización.

La ejemplar disciplina que expone este conjunto, y que le permite obtener los efectos más sutiles en lo que se refiere a matización, fraseo y expresión, dentro de una homogeneidad vocal extraordinaria, a la menor sugestión de su director, pudo ser esta vez nuevamente apreciada a través de un programa que comprendió obras de Victoria, Lassus, Scarlatti, Rameau, Gevaert, y un grupo de composiciones de autores chilenos, como A. Urzúa y J. López. En todas estas obras, la firme personalidad musical de Arturo Medina quedó

de relieve una vez más, al ofrecer interpretaciones dentro del más exigente estilo, para el cual todo elogio está de más. El grupo de obras chilenas, de las cuales destacaremos una valiosa composición del malogrado músico Armando Urzúa Guardia, que acredita las sobresalientes condiciones que poseía este artista, ofreció una oportunidad para apreciar algo de la todavía escasa producción coral de nuestros compositores. Ellos podrían ahora sentirse estimulados ante la posibilidad de ser interpretados por un conjunto tan perfecto como el Coro de Concepción, gracias al cual el arte chileno tiene un nuevo motivo de orgullo.

LA SOPRANO DOROTHY MAYNOR

Tan interesante como valioso es el aporte dado al arte del canto por la raza negra en este siglo. De improviso surgieron de ella figuras de relieve mundial como Marion Anderson, Paul Robeson, Ellabelle Davis y la soprano Dorothy Maynor, cuya visita hemos recibido en Julio último.

En esta artista se ha podido apreciar una base técnica extraordinaria, como que es casi sobrehumana su capacidad de respiración, que le evita todo problema de esa especie, sobre la cual Dorothy Maynor ha conseguido cimentar su excelente escuela de canto y cultivar una fina musicalidad. Su voz, de muy bello timbre y de calidad homogénea en todo su extenso registro, puede, por ello, desenvolverse en condiciones muy favorables y ofrecer, como lo hizo, interpretaciones de señalada calidad.

Dorothy Maynor alternaba en sus programas, arias antiguas, «lieder», trozos de ópera y «negro spirituals», en los que, sucesivamente, iba mostrando aspectos diferentes de su rica personalidad interpretativa. Entre lo mejor de su desempeño recordamos su versión de trozos de Haendel, el Aria de Lía de «L'Enfant Prodigue» de Debussy, y «lieder» de Strauss, Schumann y Schubert, en todos los cuales esta cantante expuso su admirable virtuosismo vocal y la riqueza expresiva de su temperamento. El pianista Ludwig Bergmann acompañó con especial acierto el desempeño de la artista negra, acreditándose como un músico de condiciones destacadas.

LA VIOLINISTA MAGDALENA OTVOS WERNER

Desde comienzos de este año se ha acercado en nuestro país la joven violinista húngara Magdalena Otvos Werner. Formada en el Conservatorio de Budapest, destacó pronto sus condiciones en su país natal, donde recibió elogiosos conceptos de destacados músicos y compositores que apreciaron su desempeño.

Días después de terminar con éxito una jira de conciertos por el sur de Chile, Magdalena Otvos se presentó en el Teatro Municipal, acompañada por Eliana Valle.

Magdalena Otvos presentó un programa de gran responsabilidad, compuesto únicamente por obras de Haendel, Vitali, Beethoven, Brahms y Castrucci. En la interpretación de este programa la joven

violinista acreditó un temperamento musical de innegable calidad y sobresalientes condiciones técnicas. No negaremos su indudable afición por el estilo brillante de la ejecución que le llevó en algunos casos, a forzar los marcos formales de las obras, e incluso a colocar el interés virtuosístico sobre el interpretativo. Como asimismo el que incurriera en algunos defectos de técnica que afectaron su ejecución pasajeramente. Todo esto es fácil de corregir con los años y el trabajo constante, pues lo principal, la materia prima de una ejecutante de calidad, está allí sin ninguna duda. De su concierto, lo mejor, a nuestro juicio, ha sido el Concierto de Castrucci, en el que se aliaron la seguridad de ejecución y la musicalidad de esta joven artista en una interpretación feliz. Eliana Valle demostró nuevamente en esta ocasión ser la pianista chilena que mayores méritos ha logrado reunir entre las que cultivan el difícil arte de acompañar.

SONIA VERBITZKY Y LOYONNET

En el Teatro Municipal, con un programa de extraordinaria calidad, se presentó el 24 de Julio la cantante rusa Sonia Verbitzky, acompañada por el pianista francés Paul Loyonnet. Sonia Verbitzky participó en el movimiento musical europeo como intérprete de las obras de canto escritas por las grandes figuras de la música de este siglo, durante una época prolongada. En su concierto presentó el ciclo completo de «Amores del Poeta» de Schumann; «Cinco canciones para niños» de Silvestre Revueltas, y las «Infantiles», de Mussorgsky.

Es inevitable que el tiempo logre afectar a un cantante en su aspecto meramente físico, restándole posibilidades en los medios vocales. Pero lo que el tiempo no logra dañar es la riqueza musical, la profundidad interpretativa y la seriedad artística, cuando se la posee de verdad. Esto sí que Sonia Verbitzky entregó y con exceso, al auditorio que la escuchó. Por ello las versiones de Schumann fueron, desde el punto de vista interpretativo, elevadas muestras de la calidad musical de esta artista, como asimismo, y especialmente, las «Infantiles» de Mussorgsky, cantadas en su idioma original, en que la mano genial del maestro ruso se muestra con toda su fuerza. En castellano cantó Sonia Verbitzky las «Canciones Infantiles» de Silvestre Revueltas, malogrado músico mexicano, en las que pudieron apreciarse sus interesantes condiciones de compositor y su inspiración fresca y original. El pianista Loyonnet, acompañó con muy adecuada comprensión del importante papel que poseía el piano en tan selecto programa.

EL GUITARRISTA ALBOR MARUENDA

Después de varios años de ausencia de Chile, el guitarrista Albor Maruenda ofreció un concierto en la Sala Cervantes, en el mes de Agosto. En el programa figuraban obras de autores españoles como Milán, Sanz, Sors, Tárrega, Falla, Albéniz y Moreno Torroba, además de un grupo de composiciones de J. S. Bach y Haendel.

Son conocidas de nuestro público de conciertos las estimables condiciones musicales de este concertista, a quien se ha podido apreciar debidamente durante su prolongada permanencia en el país. Dichas condiciones de intérprete las mantiene Albor Maruenda, indudablemente, aunque esta vez tengamos que observarle cierta despreocupación por la pulcritud de su técnica y por avanzar más allá de la simple exposición de las obras, sin profundizar debidamente no sólo su aspecto formal, sino el expresivo. El delicado timbre de la guitarra hace necesario que el ejecutante encuentre el medio de poder diferenciar los matices, y de desenvolver claramente la textura de las obras que ejecuta, ya que de lo contrario la monotonía es inevitable. Albor Maruenda, a quien otras veces hemos escuchado muchas de las obras de su programa en mejores condiciones, esta vez no nos satisfizo sino en líneas generales. Pero, aun dentro de las observaciones anotadas, su actuación mantuvo un nivel depurado, particularmente dentro de las obras antiguas, que alcanzaron una cuidada calidad sonora.

OTROS CONCIERTOS

Se presentó en la Sala Cervantes la soprano chilena Irma Munita, de conocida actuación como cantante de ópera, con un programa de «lieder», género en el que actuaba por primera vez. En primer lugar este concierto merece destacarse por el esfuerzo de superación que significa para una cantante de ópera trabajar en un género de mayor exigencia artística que el del repertorio siempre repetido que ofrecen año a año nuestras temporadas líricas. El deseo de superarse se acreditaba con el programa escogido por Irma Munita, que incluía, entre otras, obras de Bach, Beethoven, Liszt, Brahms, R. Strauss y autores españoles y chilenos. El material de voz de Irma Munita, brillante y homogéneo, está manejado con segura escuela. Musicalmente considerada, logró apreciables versiones, sobre todo en Beethoven y Strauss, además de una obra de Leng, en que su desempeño interpretativo estuvo a una altura destacada. La acompañó correctamente el pianista Diego García de Paredes.

* * *

Se ha formado una nueva sociedad musical dedicada a la divulgación de la música de cámara antigua y moderna. Esta es «Euphonia», que se anuncia como «Sociedad Internacional de Música», título ornado de cierto provincianismo que no ha sido hasta ahora debidamente explicado en su alcance. «Euphonia» ofreció el primero de sus conciertos en la Sala de Audiciones del Ministerio de Educación, el Miércoles 13 de Agosto. Se presentaron en dicha ocasión obras de Purcell, Schoenberg, Mompou, Debussy, del chileno Carlos Lavín y del compositor alemán avencidado en Chile, Hans Helfritz. Sin ninguna duda, lo más interesante fué el estreno de las obras de estos dos últimos autores, como quiera que hasta ahora no se había escuchado nada de ellos en un concierto público. La obra

de Helfritz demostró un músico de seria formación técnica que en los «Cinco movimientos para violín y cello» explaya su estilo, de interés contrapuntístico, con indudables aciertos. La obra de Carlos Lavín, destacado folklorista y compositor, escrita en 1926 sobre textos auténticos de canciones araucanas, para voz, piano y clarinete, es ciertamente un bien logrado esfuerzo de estilización de folklore, pues la melodía aparece revestida con atractivo armónico en una ambientación de tinte impresionista. De los intérpretes de esta audición nos referiremos a Olga Fariña, soprano que cantó las obras de Lavín, y a los pianistas Carlos Oxley y Raúl Garrido, como asimismo los violinistas Pedro D'Andurain y Pablo Garrido y el cellista Atilio Quintano, quienes, pese a no tener mayor práctica en música de cámara, ofrecieron ejecuciones estimables.

La Sociedad «Euphonia», si cuida más el aspecto de ejecución en sus actuaciones posteriores, seguramente podrá desarrollar una interesante actividad en nuestro medio.

* * *

En tres conciertos realizados en el Municipal y en diversas audiciones de Radio, actuó entre nosotros el tenor Tito Schipa, una de las figuras mundiales del arte lírico. Este cantante, cuya prolongada actuación no ha conseguido abatir lo principal de su personalidad, esto es, el cuidado estilo de su canto, siempre refinadamente matizado y fraseado y el grato timbre de su voz, ofreció programas en que por desgracia abundaban trozos de «música de salón» de muy escasa calidad. Pero aún en ello, como en las arias de óperas adecuadas a su registro, su actuación tuvo siempre un interés innegable, el que surge de una voz grata, manejada con absoluto dominio y dentro de una cuidadosa observación de sus posibilidades, sin forzar jamás el límite natural de ella. Le acompañó, no siempre libre de incurrir en arbitrariedades y efectismos, el pianista Federico Longás.

* * *

En la Iglesia de N. Señora de Los Angeles, se realizó, el 3 de Septiembre, el cuarto concierto de este año de la Sociedad «Nueva Música», con un escogido programa de primeras audiciones de obras para órgano y coro. Participaron en esta audición el organista Germán Kock y el Coro de la Escuela Moderna de Música.

En la parte dedicada a órgano sólo, se escuchó un grupo de obras de antiguos autores españoles de los siglos XVI y XVII, como Cabezón, Cabanilles, Aguilera de Heredia y Correa de Araujo, entre las cuales deben destacarse, por su belleza y el interés de su estructura, las «Diferencias sobre la Gallarda Milanesa» y un «Villancico» de Manuel A. de Cabezón, quien, junto a Cabanilles, de quien se ejecutó un interesante «Tiento de Falsas», hablan elocuentemente del tesoro que oculta la música española de esa época y que

no ha sido todavía tan divulgado como merece. El organista ejecutó estas obras con entera posesión estilística.

El coro femenino de la Escuela Moderna de Música y con acompañamiento de órgano, bajo la dirección de Alfonso Letelier, cantó a continuación las «Letanías a la Virgen Negra», de Francis Poulenc, obra de las mejores que se han dado a conocer de este autor, pues reúne de manera muy feliz la expresión propia de una obra de arte religioso a una realización musical depurada, en que el músico francés utiliza novedosos recursos armónicos y vocales. La interpretación de esta obra fué sobresaliente, lográndose por parte del Coro una versión plenamente a tono con la fina textura de la obra.

Dos villancicos anónimos, recogidos en la Isla de Mallorca, para cuatro voces mixtas, cantados con mucho acierto por un octeto del mismo conjunto coral y luego dos obras para órgano de Pachelbel y J. S. Bach respectivamente, pusieron término a este concierto de «Nueva Música», que fué otra bien lograda iniciativa en su labor de difusión musical.

* * *

En la Sala de Audiciones del Ministerio de Educación, el 11 y 17 de Agosto, ofreció dos recitales el auténtico dúo nacional formado por las Hermanas Loyola. La primera audición estuvo dedicada a obras de música popular, originales de las Hnas. Loyola y escritas dentro del estilo y estructura de las canciones tradicionales criollas y aborígenes. Señalamos como las más interesantes aquellas inspiradas en pregones santiaguinos como *Los Melones*, *Peritas de Agua* y la graciosa resbalosa *Diablito de Talamí*. La segunda presentación de carácter coreográfico-musical ofreció un panorama de los bailes antiguos del país, que fueron ejecutados por Margot y Estela Loyola y elementos masculinos. Hubo conciencia artística en el espectáculo y auténtica gracia dentro de la severidad que la investigación requiere. Las hermanas Loyola pusieron de manifiesto su capacidad para interpretar el folklore de Chile, que sienten muy profundamente y que han estudiado con cariño. Hizo la presentación el escritor y costumbrista señor Antonio Acevedo Hernández.

* * *

En la sala del Instituto Chileno Norteamericano se efectuó el recital ofrecido por Adele Breaux, contralto que desempeña labores pedagógicas en Concepción. La primera parte estuvo dedicada a lieder de Brahms y Strauss, que fueron ejecutados con propiedad de estilo y musicalidad. En las *Prosas Líricas* de Jacques Pillois, los recursos vocales de la contralto le permitieron subrayar con nobleza estas páginas. El programa terminó con un grupo de canciones chilenas y un interesante número de negro spirituals.

DANIEL QUIROGA N.